

El guía arrastrándose y con mil precauciones desapareció en el interior. Diez minutos después, volvió al lado del baron y le dijo en voz baja:

—Todo se explica, monseñor; en medio del patio hay un gran tonel vacío y varios hombres tendidos en el suelo roncan y duermen profundamente. En ausencia de sus dueños se conoce han procurado dar un asalto á la bodega de los condes.

—¿No hay ninguno en pie? exclamó el baron.

—Ninguno.

—¿Están borrachos?

—Los que hay allí, sí.

—¿Y los otros?

—No he visto á nadie mas.

El baron se reunió á sus compañeros y un instante después caballeros, arqueros y hombres de armas penetraron en la bóveda que servía de entrada al castillo, lentamente y dispuestos lo mismo al ataque que á la defensa.

Eberstein tenía dos murallas bastante separadas entre sí, y por lo tanto la bóveda que era muy larga contaba tres puertas sucesivas. La primera colocada sobre los fosos, la segunda en medio de la bóveda, y por último, la tercera comunicaba con el patio que daba entrada al castillo. La vanguardia de las gentes del baron llegaron á esta puerta cuando el último de los soldados atravesaba la primera: gozosos marchaban todos de éxito tan brillante y ya se creían vencedores, cuando de repente un terrible ruido de cadenas retumbó en la bóveda y antes que hubiera podido intentarse una retirada, la puerta de entrada se cerró bruscamente siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron para abrirla.

—Adelante, gritaron los caballeros lanzándose al interior; pero en el momento que los soldados obedecían la orden, cerróse la puerta que daba al patio quedando por lo tanto prisionera aquella tropa, en el tránsito formado por la bóveda entre ambas puertas.

Solamente el baron y otros tres caballeros habían podido penetrar en el patio: al instante mismo se les presentaron muchos hombres de armas y á su frente tres caballeros armados que ostentaban en su escudo el blason de los señores de Eberstein, y que no eran otros que los tres condes.

El acontecimiento se había llevado á cabo con tal rapidez que toda defensa era inútil para la tropa encerrada en la bóveda.

Enrique de Eberstein, en su calidad de jefe, se adelantó el primero y acercándose á los tres caballeros que estaban delante de él con la espada desnuda:

—Entregad vuestras espadas, señores, dijo, y ningún mal se os hará.

Los caballeros se miraron dudando, pero como los hombres de armas de los condes les rodeaban, la duda era tan inútil como la defensa. Los caballeros bajaron la cabeza y entregaron sus espadas al conde Enrique de Eberstein. Enrique las tomó y con un gesto lleno de nobleza, desenvainó su acero, pidió á Jacobo y Eduardo los suyos, y volviéndose á los prisioneros exclamó:

—Señores, hemos tomado vuestras espadas, servios aceptad las nuestras; no se desarma de otra manera á tan bravos caballeros.

Los que conmovidos por una acción tan generosa hicieron un profundo saludo.

—Señores, continuó Enrique, dadme vuestra palabra de honor que no pensareis en huir y estareis en el castillo

libremente, sereis nuestros huéspedes y procuraremos complacerlos. Uno de los caballeros se adelantó y estrechando la mano de Enrique, dijo.

—Vuestra generosidad es la de un alma noble y elevada, seremos vuestros huéspedes mientras vos lo querais, pero debo advertiros que no somos los únicos nobles prisioneros en esta jornada.

—Todos los caballeros, respondió Enrique, serán tratados de la misma manera y con las mismas condiciones. Los arqueros y los hombres de armas son los que quedarán prisioneros únicamente. En cuanto al vil é infame que no ha retrocedido ante la vergüenza de una traición tan baja y que ha caído en el mismo lazo que nos tendía, morirá como quería hacernos morir, á la misma hora y en el mismo lugar.

A un gesto de Enrique, cuatro ballesteros que rodeaban al baron, se acercaron á él, le desarmaron y le ataron fuertemente. Bernardo no dió un grito ni pronunció una sola palabra.

Enrique se volvió á Eduardo, diciéndole:

—Ese hombre te pertenece.

—No, replicó Eduardo, pertenece al verdugo, mas valdria romper mi espada que mancharla con la sangre de un villano y un traidor.

VII.

OTHON.

Al día siguiente, ó sea á los quince de haber jurado el baron apoderarse del castillo de Eberstein y de hacer ahorcar á los tres condes, en el momento en que el sol aparecía en el horizonte, el sonoro ruido de los clarines, anunció la llegada al campo del emperador Othon, el cual á pesar de la huida de los prisioneros, conservaba la esperanza de que el baron hubiera podido anticiparse á realizar su plan y que la bandera del imperio flotaría triunfante en lo alto de la torre; pero no duró largo tiempo la ilusión: el estandarte de los Eberstein ondeaba brillantemente en lo elevado del castillo y allí mismo se balanceaba el inanimado cuerpo de Bernardo de Schwartzbach, ahorcado en aquel momento.

Othon sintió enrojecer su rostro de humillación.

—¿Cómo saldré de este vergonzoso negocio! decía. Si hubiéramos conseguido nuestro objeto, la traición se hubiera disimulado, pero hemos errado el golpe, y todo se ha perdido; además es preciso reconocer que los condes son caballeros valientes, bravos y decididos. ¿Por qué no pertenecerán al número de mis amigos? Es necesario sitiarnos por hambre.

Efectivamente, este era el único medio de reducirlos, la cuestión era de tiempo, Othon dió las órdenes para que el castillo fuese bloqueado sin que fuera posible comunicación alguna con el exterior. Othon se preguntaba muchas veces que habría sido de los veintiocho caballeros que habían acompañado al baron, todos pertenecientes á la primera clase de la nobleza, sus mejores oficiales y sus súbditos mas decididos. ¿Habrían sido muertos? ¿Estarían prisioneros? ¿Qué querían y qué hacían los condes? He aquí las preguntas que el emperador se hacía sin darse contestación satisfactoria.

El armisticio se respetaba en apariencia, pero el bloqueo se mantenía con todo rigor.

Una mañana, un escudero del soberano penetró apresurado en la tienda.

—Señor, exclamó: el conde Eduardo de Erbestein demanda audiencia de vuestra majestad.

—¿Me envía una misión el conde? replicó Othon admirado.

—No, está él mismo en el campo.

—¿En mi campo; con sus hombres de armas! replicó furioso el emperador.

—No, el conde viene solo, hasta sin escuderos; solamente le acompañan los cuatro capitanes que vinieron con el baron Bernardo para apoderarse del castillo.

—¡Ellos! dijo el emperador, ¿no han muerto? quiero verlos.

—Señor, los cuatro caballeros, me han encargado declarar á V. M. que han jurado por su honor, no abandonar ni

un solo instante al conde Eduardo, el cual trae el salvo-conducto dado por V. M.

—¿Y quiere hablarme? preguntó el emperador reflexionando.

—Sí.

—Dad la orden entonces, de que mis caballeros se reúnan y recibiré solemnemente al conde Eduardo de Eberstein.

Cumplieron las órdenes del emperador que rodeado de su nobleza, recibió á Eduardo y á los cuatro prisioneros. Avanzó el conde hasta una distancia respetuosa y con voz firme exclamó:

—Señor, uno de vuestros capitanes, con desprecio del honor y de la fé jurada, ha tratado de apoderarse traido-



Los caballeros entregaron sus espadas al conde Enrique de Eberstein.

ramente de nuestro castillo. Ha osado decir que esta infamia os sería agradable, no le hemos creído y para castigar su osadía le hemos mandado ahorcar de lo alto de nuestra torre y debajo de nuestra bandera.

—¡Ahorcar! gritó el emperador; ¿habeis ahorcado á uno de mis capitanes? Pues, bien, miserable, yo á mi vez voy á mandar que te ahorquen.

—No lo creo, contestó friamente Eduardo. Ved aquí el tratado de armisticio propuesto por vos, firmado de vuestra mano, y sellado con vuestro sello. Tratado que aun faltan ocho dias para que concluya; ved tambien el salvo-conducto que nos enviásteis y que asegura mi libertad. He venido solo y sin escolta, fiándome en la palabra del emperador.

—Has hecho bien, contestó Othon. Al hablarte me he de-

jado llevar por la cólera, pero estás aquí bajo mi protección, y volverás cuando quieras á tu castillo con una escolta de los míos, que irá á tus órdenes, pero entretanto, ¿qué es lo que deseas proponerme?

—Vengo á deciros, señor, que la guerra que habeis emprendido contra nosotros, se prolongará indefinidamente sin ventaja para ninguna de las dos partes. No pudiendo vencernos por medio del asalto, queréis reducirnos por hambre y esto es todavía mas imposible. Nuestros almacenes y graneros, están provistos para muchísimo tiempo. He llevado conmigo á estos nobles caballeros, les he hecho ver todo y pueden deciros si la esperanza de conquistar el castillo, es realizable mientras nosotros vivamos.

El silencio de los caballeros atestiguaba la verdad de estas palabras.

—Pero entonces, replicó el emperador, ¿qué es lo que quieres proponerme?

—Vengo á indicaros el solo y único medio de conquistar á Eberstein; depende de vuestra voluntad el terminar la guerra al momento y hacer de mis hermanos y de mí, tres aliados al trono de V. M. de los mas decididos. ¿Nos admitís? ¿Admitís nuestras espadas?

—Sí, lo deseo, sed fieles amigos míos, y ocupareis á mi lado un puesto digno de vuestra nobleza y de vuestro valor, pero ¿bajo que condiciones os someteréis?

—Con la condicion de una alianza que depende exclusivamente de vos el consagrarla; si quereis, hoy mismo Eberstein os abrirá sus puertas, y mis hermanos y yo os prestaremos fé y homenaje.

Para ello, exclamó Eduardo arrojándose, concededme la mano de vuestra hermana, á quien amo con todo mi corazon.

A esta inesperada demanda sucedió un gran silencio. El emperador parecia dudar, cuando de repente una dama cubierta con un manto se arrojó á los piés del emperador y descubriendo el rostro, exclamó:

—Hermano, concede al conde lo que te pide, que si él me ama con todo su corazon, yo le adoro con toda mi alma.

Othon, se levantó, y reuniendo las manos que á él se elevaban dijo:

—Levantáos, hermanos míos, y los abrazó tiernamente.

Gozosas aclamaciones estallaron al saberse el feliz resultado de tan importante conferencia.

La guerra concluyó. Eduardo se casó con Hedwige y tanto él como sus hermanos, fueron unos de los mas firmes sostenedores del imperio.

Enviado con una mision á Roma, el papa le dió una rosa de oro adornada de un zafiro; esta flor figuró desde entonces en las armas de los Eberstein. La alianza llevada á cabo por Eduardo elevó su casa á la mayor altura posible, y durante mucho tiempo los Eberstein ocuparon los principales puestos en las grandes asambleas. La prosperidad de esta familia continuó hasta la época en que el conde Wolff de Eberstein entró en guerra con el Wurtemberg, en la cual el castillo fué tomado y destruido.

En 1660 la linea masculina de los Eberstein, se estinguió y sus ricas posesiones pasaron á los margraves de Baden, herederos tambien de las ruinas del antiguo castillo que Othon no habia podido conquistar.

Tal es la leyenda de Eberstein con sus mas minuciosos detalles. Nuestro objeto se habrá satisfecho si con ella hemos logrado distraer algunos momentos á los constantes favorecedores del MUSEO DE LAS FAMILIAS.

F.***

CRUCES Y MEDALLAS CONMEMORATIVAS

DE SERVICIOS HECHOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

(Conclusion).

Asturias.—Este principado se anticipó á todas las provincias en lanzar el grito de independencia, y no lo habian

SEGUNDA SERIE.—1867.

pisado aun los enemigos, cuando llegó allí el marqués de la Romana, despues de la toma de Villafranca del Bierzo. Altercados hubo entre este caudillo y la junta: y entonces el mariscal Ney invadió aquel territorio por Navia de Suarna, dándole ayuda Bonnet por los lindes de Santander y Kellerman por el puerto de Pajares. Romana, Carrera y Morillo no dieron reposo á los franceses en Galicia, y los derrotaron junto al puente de San Payo: sir Arturo Wellesley obligó á evacuar á Portugal á la cabeza de un cuerpo de ingleses: tan felices sucesos mantuvieron inquebrantable el noble teson de los asturianos, cuyo territorio ocuparon siempre los generales Bárcena y Woster con tropas españolas. Sus operaciones y las de don Juan Diaz Porlier y don Francisco Ballesteros alentaron más y más á los naturales, que otra vez se vieron libres de enemigos el año de 1809 por Junio.

Talavera de la Reina.—Allí pelearon treinta y cuatro mil españoles á las órdenes del general don Gregorio de la Cuesta y diez y nueve mil ingleses á las de sir Arturo Wellesley, contra mas de cincuenta mil franceses conducidos por el mariscal Victor y el general Sebastiani y animados por la presencia de su rey José Bonaparte. Ya se cañonearon al anochecer del 27 de Junio: todo el día siguiente duró la sangrienta batalla. De cada parte murieron mas de siete mil hombres, si bien españoles é ingleses quedaron señores del campo y de diez y siete cañones tomados á los contrarios. Duque de Wellington nombra á sir Arturo Wellesley su gobierno: capitán general de ejército le hizo la Junta Central de España; y en galardón recibió tambien la gran cruz de Carlos III el anciano general Cuesta, que se portó con su acostumbrada bravura.

Aranjuez.—Mientras se daba la batalla de Talavera de la Reina, el general Venegas avanzaba sobre Madrid con el ejército de la Mancha; y sin dificultad ocupó su recinto, y ejerciera las funciones de la capitania general de Castilla la Nueva, á tenor de su nombramiento, si la Junta Central no le hubiese recomendado la parsimonia. Sus avanzadas llegaron hasta Valdemoro, y en Aranjuez reconcentró las fuerzas, apostando á don Luis Lacy junto al Puente Largo y á don Pedro Agustín Giron sobre los otros pasos del Tajo, que cerraron vigorosamente á los franceses, no obstante de que porfiaron tenaces por abrírselos el 5 de Agosto.

Almonacid.—A los seis dias pelearon delante de esta poblacion las tropas de Venegas contra los de Sebastiani y Dessoles, mas numerosas: así no bastaron los mayores prodigios de valor á evitar nuestra derrota con pérdida de cuatro mil hombres; no pasando de la mitad la de los enemigos. Nada se desanimaron los españoles, á pesar de tener tan fatal desenlace la campaña abierta bajo los mas felices auspicios en Talavera y en la Mancha, y de quedar aislados por de pronto nuestros soldados y los ingleses.

Tamames.—Con diez mil infantes y mil ochocientos caballos empezó á maniobrar el duque del Parque desde Ciudad Rodrigo: poca menos fuerza acaudillaba el general Marchand en su contra. Junto á Tamames le esperó el general español á pié firme, con jefes tan bizarros como don Gabriel de Mendizabal, don Martin de la Carrera y don Francisco Javier de Losada; y tras de ruda pelea, á los franceses puso el 18 de Octubre en derrota.

Medina del Campo.—Así que llegaron refuerzos, Marchand se propuso vengar la afrenta de Tamames, y sobre los españoles fué en ademan de acometida, no atreviéndose á embestir á Medina del Campo, donde le esperaba el du-

AÑO XXV. 26.

que del Parque. Este salió á provocar al enemigo, y venció de nuevo, aunque al ala derecha cedió algo nuestra caballería, muy de pasada, pues al punto remedió el daño don Francisco Ballesteros con serenidad admirable. Al día 23 de Noviembre corresponde tan lucido hecho de armas.

Gerona.—No hay manera hábil de consignar en relacion breve las proezas de esta ciudad ilustre. Gobernador era allí don Mariano Alvarez de Castro, natural de Granada y oriundo de Castilla la Vieja. En la fuerza de la edad se hallaba por entonces: su entereza no era inferior á la de los varones mas celebrados en las historias; y el corazon lo tenia á cuanta altura cabe en lo humano. Defensor de la causa mas noble, y simbolizando allí el entusiasmo, la fé y el amor á la independencia de la nacion española, sin embargo de la situacion desventajosa de la plaza y del corto número de soldados, bien que entusiastas como los gerundenses todos. Algunas frases del célebre caudillo revelarán bastantemente lo que fué aquella famosa defensa. No bien los franceses dieron vista á los muros, se apresuró á publicar un bando, y allí dijo terminantemente:—«Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó rendirse.»—A intimar la entrega llegó un parlamentario, todavia no roto el fuego, y el gobernador le puso al cabo de sus designios, sin mas que responderle de este enérgico modo:—«No queriendo tener trato ni comunicacion con los enemigos de mi patria, recibiré en adelante á metrallazos á sus emisarios.»—Preguntándole cierto oficial encargado de una salida, adonde se acogeria en el caso de retirada, le dijo con severo tono:—«Al cementerio.»—Ya causaba terribles estragos el hambre, y á muy caro precio se vendian los animales mas inmundos, y hubo quien osara en su presencia hablar de la posibilidad de tener que capitular por falta de alimentos; mas le atajó así la palabra:—«¿Cómo! ¿solo vd. es aquí cobarde? Cuando ya no haya viveres nos comeremos á vd. y á los de su ralea, y despues resolveré lo que mas convenga.» Sigilosamente deliberaban algunos sobre probar á salir de la apuradísima plaza, y aun decia el gobernador en bando rotundo:—«Sepan las tropas, que guarnecen los primeros puestos, que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo mas daño que el mismo enemigo.»—Enfermo estuvo de tercianas durante el asedio todo, sin hacer cama: al fin le postró una calentura nerviosa y de mucho peligro; y siempre se le oyó la frase: «No quiero rendirme» en los labios. Desmoronada aparecia su vivienda: apenas quedaba en pié mas que su alcoba; y moribundo hizo dejacion del mando el 9 de Diciembre. Honrosísima fué la capitulacion hecha al otro día, tras una defensa que parece fabulosa por lo heroica en superior grado.

Albuquerque.—Abiertas quedaron las puertas de Andalucia á los franceses á consecuencia de la funesta batalla de Ocaña: diseminadas fuerzas del lucido ejército de don Juan Carlos de Areizaga no bastaron á cerrarles el paso de Sierra Morena. Con tropiezos escasísimos se hicieron señores el general Sebastiani de Granada, y el mariscal Victor de Sevilla. Desde aquí la Junta Central habia ido á buscar el último refugio á la isla Gaditana, y de seguida tuvo que trasmitir á una Regencia el mando. Sin tropas se hallara contra el enemigo siempre de avance, á no haber maniobrado con gran tino el duque de Albuquerque por inspiracion propia. Junto al Guadiana se hallaba á princi-

pios del año de 1810 este caudillo, y enviando á guarnecer á Badajoz á tres mil doscientos hombres á las órdenes de los brigadieres don Juan Senen de Contreras y don Rafael Menacho, con ocho mil infantes y seiscientos caballos por Guadalcanal salió de Extremadura, y pasó el Guadalquivir por las barcas de Cantillana. Desde Carmona observó que los enemigos le iban á interceptar hácia Moron el camino, y prestamente envió por el camino real la caballería y la artillería á Jerez de la Frontera, á donde tambien condujo por las Cabezas de San Juan y Lebrija á sus infantes. Así pisó la isla Gaditana antes de que los contrarios intimasen la rendicion sin fruto. Durante los meses de Febrero y Marzo llegó á ascender el ejército del duque de Albuquerque á quince mil soldados con los dispersos, procedentes de las costas: cinco mil ingleses acudieron además de auxiliares; y así por la inspiracion feliz de aquel prócer, vino á ser Cádiz el gran baluarte de la independencia española.

Astorga.—Esta mal llamada plaza sostuvo un mes cabal don José Maria de Santolcides, sin mas que dos mil cuatrocientos soldados, cuadrillas de paisanaje y ocho piezas de artillería de menor calibre, contra el general Junot y sus quince mil infantes, dos mil jinetes y veinte cañones. Todo el día 20 de Abril resistió fuerte asalto, y necesidad tuvo de capitular honrosamente despues del triunfo por estar las municiones agotadas. Aun opinó en la Junta ej licenciado Castilla, varon sexagenario que los de Astorga debían morir como numantinos.

Ciudad-Rodrigo.—Porfiadísima fué la defensa que de esta plaza de tercer orden, hizo el veterano don Andrés Perez Herrasti, contra los mariscales Ney y Massena, que intervinieron en el sitio y operacion con cincuenta mil soldados, por si Wellington se presentaba en auxilio de los españoles. Desde el 15 de Abril aparecieron los enemigos, y todo Mayo y parte de Junio hubo choques terribles y continuados. Repelidos fueron la vispera de San Juan los sitiadores en su ataque nocturno á los conventos de Santo Domingo, de Santa Cruz y de Santa Clara. Aún se arrojaron los sitiados á una brava salida, cuando ya estaban descubiertas siete baterías contrarias, que horrendamente vomitaron toda clase de proyectiles. Por fin determinóse á capitular el gobernador valeroso, ya sin recursos ni esperanzas. Ney hizo grande elogio de su defensa, y le otorgó las mas amplias condiciones. Massena estampó en el parte de oficio las palabras siguientes: «No hay idea del estado á que está reducida la plaza de Ciudad Rodrigo: todo yace por tierra y destruido, ni una sola casa ha quedado intacta.»

Abisbal, San Feliú y Palamós.—A principios de Setiembre situóse Macdonald en Cervera, con el fin de que ocupara Suchet, á su amparo, una gran porcion de territorio. Para desbaratar el general don Enrique O'donnell tal designio, desde Tarragona operó un hábil y rápido movimiento hácia la retaguardia de los contrarios, de forma de sorprenderles su enérgico ataque á las poblaciones de Abisbal, San Feliú de Guixols y Palamós el 13 por la noche. Dueño se hizo en récias acometidas de los tres puntos; y prisioneros quedaron el general Schwartz y sesenta oficiales con mil y doscientos soldados; además cogiéronse allí diez y siete cañones; y la jornada fué de efecto moral muy de nota.

Chiclana.—Ya el ejército conducido á la isla Gaditana por el duque de Albuquerque se habia aumentado de modo, que en los primeros meses de 1811 pudo tomar al cabo

la ofensiva y provocar al mariscal Víctor á batalla. Reñidísima fué la del 5 de Marzo: á las órdenes del general don Manuel de la Peña lidiaron gallardamente los españoles; iguales bríos acreditaron á las del general Graham los ingleses, y del todo suya fué la victoria. Desgraciadamente entre los dos caudillos sobrevinieron desavenencias sobre su respectivo porte durante la lucha, y el inglés pasóse á otro día á la isla Gaditana, á donde también se hubo de retirar el español á las veinte y cuatro horas. Sin este contratiempo el triunfo obtenido en Chiclana fuera decisivo, para que el mariscal Víctor dejara de hostilizar la sede del Gobierno y las Cortes, pues á sus cuerpos de tropas habían empezado á comunicar órdenes de levantar el campo.

Albuera.—Nada había podido Massena contra las famosas líneas de Torres Vedras, donde Wellington se hizo firme; y ya venía de retirada, cuando la plaza de Badajoz se rindió á los franceses, por haber muerto de bala de cañón el gobernador don Rafael Menacho, cuyo temple de alma estaba al nivel del heroísmo acreditado por el ilustre defensor de Gerona. Preponderantes españoles é ingleses en Extremadura, de Sevilla hubo de acudir el mariscal Soult contra Beresford y Castaños. Estos le provocaron en la Albuera el 15 de Mayo de 1811 á batalla, y obtuvieron muy cabal triunfo, no sin perder muy cerca de cinco mil hombres; pero ocho mil contaron de menos los contrarios. Muy al revés narra Thiers la jornada en su *Historia del Consulado y del Imperio*, pues se le hace muy cuesta arriba consignar las derrotas de sus compatriotas, y así con frecuencia quebranta las leyes de la imparcialidad y de la justicia, obligatorias para cuantos refieren los sucesos pasados.

Tarragona.—Brillantísima fué la defensa de esta plaza, aunque se varió de gobernador á mitad del sitio, y á pesar de que inevitables contratiempos facilitaron al mariscal Suchet la posesión de los puestos exteriores. Tras de salir mal este caudillo francés en cinco asaltos, para dar el sexto le fué preciso formar un batallón de oficiales, á causa de lo escarmentadísima que estaba su tropa. Al fin el 28 de Junio tomó la brecha á expensas de sangre copiosa entre los baluartes de San Juan y San Pablo. Aun se batieron desesperadamente los soldados y el paisanaje en calles y plazas. Junto á la puerta de San Magin cayó herido el bizarro gobernador, don Juan Senen de Contreras, de un bayonetazo en el vientre; y postrado sobre unas angarillas, le condujeron por la noche á presencia del jefe victorioso, que le reconvinó y amenazó de muerte por haber prolongado la defensa mas de lo que permiten las leyes de la guerra. Con espíritu sereno y dignidad suma el caudillo español dijo estas solemnes palabras:—«Ignoro qué ley de guerra prohiba esperar el asalto; además esperaba socorros. Mi persona debe ser inviolable como la de los demás prisioneros: la respetará el general francés; donde nó, el oprobio será suyo, mía la gloria.» Prisionero é internado en Francia, de allí consiguió escape á poco tiempo, y se vino de nuevo á batir por la independencia nacional con su bravura de costumbre.

Arroyo-Molinos.—A propuesta del general Castaños se avino el duque de Wellington á que avanzara Hill contra Girasol y su tropa. Don Pedro Agustín Giron asistió á la empresa, llevando bajo sus órdenes cinco mil españoles, que el 18 de Octubre pelearon en Arroyo-Molinos con valor admirable y próspera suerte, pues allí murieron cuatrocientos franceses, y además dejaron dos banderas, mil cuatrocientos prisioneros y todo el bagaje. Marqués de las Amarillas fué don Pedro Agustín, y duque de Ahumada. Ya

muy anciano murió, despues de hacer notable y consecuente figura entre los liberales; y su necrología escribió el general Zarco del Valle con tono veráz y bien cortada pluma.

Tarifa.—Con diez mil hombres presentóse el general Leval á poner sitio á esta débil plaza; y seis cañones y tres obuses abrieron allí, el 29 de Diciembre de 1811, una brecha de trescientas toesas de anchura. Dentro mandaba el inteligente y brioso general don Francisco Copons y Navia, y esforzadamente resistió un asalto, dado el último día de aquel año por veinte y tres compañías. Activamente supo aprovechar la victoria, de suerte de obligar á Laval á la retirada, despues de perder no menos de dos mil hombres, muchos pertrechos y toda la artillería gruesa. Malagueño era este general respetable, hombre de ilustración y de muy templadas opiniones: ni estas prendas, ni sus relevantes servicios, ni la circunstancia de recibir á Fernando VII á la vuelta de su cautiverio en Francia, como general en jefe del ejército de Cataluña, le eximieron de persecuciones terribles en las épocas reaccionarias. Con naturalidad aflictiva dejó consignados sus padecimientos en dos cartas escritas á su hijo, niño entonces, y que de edad madura ha dado oportunamente á la estampa. Recomendable es su lectura bajo muchos conceptos; y pasajes tiene varios que no se pueden acabar con los ojos enjutos.

Utiel.—Decisiva fué la batalla ganada por el duque de Wellington al de Ragusa el 21 de Julio de 1812, en los Arapiles, cerca de Salamanca. Precipitadamente hubo de evacuar de resultas, el monarca intruso á Madrid con dirección á Valencia; y en la retirada fueron molestadísimas sus tropas. Un cuerpo de ellas se halló sorprendido el 5 de Agosto en Utiel por los españoles, que se quedaron con la artillería y el bagaje, tras de obtener completa victoria.

San Lorenzo del Puntal.—Al rumor de la derrota de Marmont en los Arapiles, y de la entrada de Wellington en la capital española, el mariscal Víctor levantó sus atrincheramientos, no sin destruir mucha parte de los cañones que tuvo montados de Rota á Chiclana. Durante el sitio sustentó animosamente el castillo de San Lorenzo del Puntal un batallón de artilleros distinguidos; y con justicia creyóseles dignos de especial recompensa. Acerca de la manera de vivir en Cádiz mientras duró el sitio famoso, nada ofrece mayor interés que los artículos publicados en *La América* por el señor Alcalá Galiano en los postreros años de su vida. Mucho ganará la historia contemporánea con que se coleccionen cuantos publicó sueltos bajo el epígrafe de *Memorias de un anciano* y todos los referentes á nuestras varias épocas constitucionales.

Sevilla.—Cruel y rapáz se había mostrado en esta ciudad el mariscal Soult durante su mando; y alegres le vieron los moradores proceder á la evacuación el 27 de Agosto, si bien dejando aun allí parte de su retaguardia. Cruz Mourgeon asomó por Castilleja de la Cuesta, lanzando al enemigo de los olivares á la llanura. Desde allí corrióse á Triana, y forzando el paso del puente sobre el Guadalquivir en combate impetuoso, por la puerta del Arenal se metió de rebato en Sevilla, y arrojados fueron de su seno los últimos franceses.

Castalla.—Ufano abrió Suchet la campaña de 1813 contra nuestro ejército de Murcia, ganando la acción de Yecla, y metiéndose en el castillo de Villena con sus tropas. Desde Biar fué el 13 de Abril sobre Castalla, donde le opuso don Santiago Wittingham una resistencia invencible, en términos de tomar al fin la ofensiva y de bajar de sus posiciones, y

de perseguir con furia á los enemigos, ahuyentados por sus bayonetas y los sables de su caballería hacia Fuente la Higuera y Onteniente.

Vitoria.—Bajo la dirección atinadísima de Wellington en menos de un mes habían marchado sus tropas y las nuestras siempre vencedoras desde Portugal y Andalucía hasta las provincias Vascongadas; y así estuvieron en proporción de batir á los franceses el 23 de Junio cerca de Vitoria tan del todo que estuvo á punto de caer prisionero el mismo José Bonaparte. De resultas los enemigos evacuaron por aquel lado nuestro país á paso de fuga.

San Marcial.—Ocupadas estaban por el general Don Manuel Freire las alturas de este nombre, cuando el 31 de Agosto forzaron los franceses el paso del Bidasoa, con ánimo de socorrer á los sitiados en San Sebastian por los ingleses. Rechazados fueron del todo y compelidos á repasar el río tras de muy encarnizada lucha, en que nuestros soldados hicieron prodigios de arrojo.

Ordal.—Ya Suchet había evacuado á Tarragona, y en la línea del Llobregat concentraba su hueste. Lord Bentinck ocupaba á Villafranca, y á la cumbre de la Cruz de Ordal envió fuerza respetable para cerrar el paso á los enemigos, que al fin se lo abrieron hacia donde estaban los ingleses, no logrando ventaja ninguna hacia donde pelearon los españoles á pié firme bajo las órdenes de Don José de Torres; cuyo hecho de armas tuvo lugar el 13 de Setiembre.

Pamplona y Bayona.—Lord Wellington pasó el Bidasoa á principios de Octubre, pisando así el territorio de Francia tres meses antes que los ejércitos aliados de Austria, Rusia y Prusia; pero muy cuerdate no quiso proseguir el avance hasta saber que estaba rendida Pamplona. Aquí asediaba al general Casan el nuestro Don Carlos España, que á fines de Octubre le obligó á capitular sin otro arbitrio que el de quedar prisioneros cuantos guarneciesen la plaza. Entonces Wellington siguió con resolución adelante; en Orthez derrotó á los franceses; y alcanzado tan insigne triunfo, oportuno creyó el acordonamiento de Bayona, y lo puso á cargo de los españoles.

Tolosa.—Empeñadísima fué esta jornada, sostenida el 10 de Abril de 1814 por el mariscal Soult dentro de la ciudad con treinta mil hombres y por Wellington con el ejército aliado, que á viva fuerza y á costa de mucha sangre se apoderó de las estancias principales, y á los franceses redujo al extremo de abandonar la ciudad con el mayor sigilo y de noche, á fin de precaver mayor derrota con la huida.

Primer ejército.—Así denominóse el de Cataluña: entre sus jefes sobresalieron don Luis Lacy y Don Francisco Copons y Navia; más de ochenta mil franceses perecieron durante la lucha por nuestra independencia en aquel Principado; y de este modo consignóse terminantemente, al crear un distintivo para sus tropas.

Segundo ejército.—Este fué el nombre dado al de Aragón y Valencia, después de rendida la última plaza. En Alicante, Murcia y Cartagena se reorganizó poco á poco bajo el mando sucesivo de los generales Don José O'Donnell y Don Francisco Javier Elío. No siempre le fué propicia la suerte de las armas, sin que por eso dejaran de ser dignísimos de elogio y premio sus individuos, que desde las primeras campañas acreditaron gran decisión y extremada bravura.

Tercer ejército.—Dedicado estuvo á defender la isla gaditana, el campo de Gibraltar y el condado de Niebla. Algun tiempo lo tuvo Don Francisco Ballesteros bajo su mando, y sucedióle el duque del Parque. En Córdoba,

Jaen y Granada tomó posiciones, al ser evacuada Andalucía por los franceses. Luego avanzó hacia Valencia por la Mancha, coadyuvando á la persecución de Suchet en Cataluña, y después á la rendición de Pamplona.

Izquierda.—A sus órdenes lo tuvo el general Don Joaquín Blake en las sangrientas y fatales acciones de Riosco, Zornoza y Espinosa de los Monteros. Otras sostuvo con varia fortuna bajo la denominación de sexto ejército y el mando sucesivo del marqués de la Romana y de Don Francisco Javier Abadía.

Sétimo ejército.—Por general en jefe tuvo á Don Gabriel de Mendizábal sobre el territorio de las provincias Vascongadas y Navarra; y sus operaciones se extendieron á Aragón y parte de Castilla la Vieja, y á las montañas de Santander y de Asturias. Siempre se las hubo con fuerzas superiores, y no obstante fuera muy larga la simple enumeración de sus victorias.

Reserva de Andalucía.—Su creación fué al abrirse el año de 1813 la campaña. Al mando del conde del Abisbal pasó de Andalucía á Castilla la Vieja, y después á Navarra y mas allá de los Pirineos á cosechar laureles sobre el territorio de Francia.

Division Mallorquina.—De fines de 1811 á principios de 1812 formóla Don Santiago Wittingham en las Baleares. Centro de sus habituales operaciones fué el antiguo reino de Murcia. Con Sir Juan Murray embarcóse el 31 de Mayo de 1813 en Alicante con rumbo á Tarragona, de cuya expedición no se sacó todo el fruto esperado por indecisión del caudillo. Allí brillaron los españoles por su presencia de ánimo en las mayores adversidades.

Marina.—Por la índole de la lucha no pudieron ser tan repetidos los servicios de la armada como los del ejército de tierra, y menos después de lo que en Trafalgar se perdió en naves: sin embargo nuestros marinos aprovecharon las ocasiones de acreditar continuamente que eran españoles, y merecedores se hicieron de premio.

Prisioneros militares.—Gran número de españoles de los capitulados en las llamadas plazas y de los cogidos en los campos de batalla de las tropas ó de partidas sueltas fueron conducidos á Francia, y allí pasaron grandes amarguras y todo género de penalidades por mantenerse fieles á su rey y á su patria. De una condecoración especial se hicieron dignos por su constancia inquebrantable á vueltas de humillaciones y escaseces.

Prisioneros civiles.—Otra insignia concedióse á los muchos jefes de familia arrancados de sus hogares y trasladados también al imperio vecino de resultas de su adhesión á la noble causa, que también sufrieron lo indecible por no desmentir sus juramentos solemnes y prestados de todo corazón y de la manera más espontánea del mundo.

Correos de Gabinete.—No podía menos de alcanzar el galardón justo y honroso á los que durante la guerra menospreciaron los peligros y corrieron los cotidianos al transmitir los partes oficiales de unas huestes en otras para combinar las operaciones y conocer á fondo los movimientos de las tropas enemigas, y á menudo por territorios que ocupaban con fuerzas respetables: siempre hubo españoles que prestaran tan arriesgado servicio y lo tuvieran á título de honra.

Junta patriótica de señoras.—En Cádiz formóse á los principios del asedio, no disolviéndose hasta la vuelta del monarca. Muchos servicios prestaron aquellas ilustres matronas, siendo modelo de caridad cristiana, é ingeniándose por aliviar dolencias y remediar necesidades con buen

pulso. De igual modo creóse una insignia, para que no se perdiera la memoria ni el provechoso ejemplo de lo que practicaron aquellas nobles damas.

Valenzay.—Ciertamente no merecieron bien de la patria los hombres que acompañaron en su cautiverio al rey Fernando, y entre los cuales hacia el canónigo Don Juan Escoiquiz muy principal figura: ellos habían urdido la trama de la conspiración del príncipe de Asturias en el Real sitio del Escorial contra sus augustos padres; ellos también le estimularon á salir al encuentro del emperador de los franceses hasta mas allá de los Pirineos; y no le supieron aconsejar lo mas digno en Bayona; y le dictaron proclamas á los españoles para que desistieran de una lucha temeraria, y felicitaciones á Napoleon por sus triunfos, y á José Bonaparte por su elevación al trono de España é Indias: ellos, por último, llegaron á ser los más responsables de que á la vuelta del monarca se encendiera aquí la tea de la discordia en vez de enlazar el ramo de oliva á los laureles hacinados en la guerra de seis años por la independencia española. Así en sus pechos vino á ser providencialmente señal de notorio desdoro la insignia que les fué concedida en testimonio de lealtad acrisolada.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

IMPRESIONES DE VIAJE.

VISITA A LA ESPOSICION PUBLICA DE PARIS.

El 31 de octubre próximo quedará cerrada la esposicion del Campo de Marte de Paris. Ese gran suceso del siglo XIX habrá desaparecido y el gran plano de la Escuela militar de Paris habrá vuelto á tomar su antigua estéril desnudez.

De todas aquellas inmensas riquezas acumuladas allí á gran costa y grandes gastos, de todos los puntos del mundo, no quedarán mas, que fugitivos recuerdos, un inerte catálogo, algunos libros útiles á no dudarlo, y muchos folletines condenados al olvido, como los artículos de los periódicos. No es muy lisonjera esta perspectiva para el que tardamente coge la pluma y aborda un asunto de que han hablado todos los periódicos; empero del que hasta ahora ni una sola palabra se había escrito en nuestro MUSEO DE LAS FAMILIAS.

El MUSEO DE LAS FAMILIAS ha figurado también en la esposicion entre los diversos objetos de imprenta y librería presentados por la casa de Mellado, y en el concurso de estos objetos, y en la lucha con todos los países del mundo, nuestra casa ha obtenido el premio de una medalla de bronce.

Es, pues, indispensable que los lectores de nuestro periódico, que cuenta veinte y cinco años de existencia, tengán siquiera una ligera idea del inmenso teatro de la industria, en donde ha luchado y alcanzado premio nuestro establecimiento.

Cuando en otro tiempo se veían seis ú ocho batallones maniobrando en el Campo de Marte perderse en su inmensidad, se presenta un recuerdo en perfecta disonancia con la realidad actual. Todo está tan lleno, tan apiñado, que el

espacio ocupado, parece estrecho; empero, pronto desaparece esta impresion y la misma multitud de edificios, fuerza á volver á la idea primitiva.

Comprendese que serian necesarios meses enteros, no digo para estudiarlo todo, sino únicamente para verlo, y así tomamos el partido de atenernos á nuestra modesta especialidad de desflorando apenas las cosas, dar una idea á nuestros lectores, así venimos haciéndolo hace una cuarta parte de un siglo con nuestros repetidos viajes.

Las grandes ferias de Nowogorod que ponen anualmente en contacto la Rusia y el Asia, las antiguas ferias que durante muchos siglos han sido el centro mas activo de los cambios comerciales entre la Europa y el Oriente, debían de ser, aunque en pequeña escala, una cosa parecida á lo que hemos tenido á la vista en Paris, en el Campo de Marte entre la Escuela militar y el puente del Jena.

Poco reverente parecerá á algunos esta comparacion; pero nuestros lectores juzgarán si la hemos usado con propiedad.

Allí, abundan las fondas, restaurantes de todas naciones, aun de la mas infima clase.

Desde el momento que se admite que el que visita la esposicion, podría hacer sus comidas en el Palacio de la industria, ha sido preciso ofrecérsela á todos precios. Pudiendo cada expositor recibir encargos y vender, naturalmente allí hay como vemos desgraciadamente en Madrid, tiendas de liquidacion por cesacion de comercio.

En un teatro, á cuatro cuartos la entrada, unos árabes ejecutan suertes y equilibrios con acompañamiento de gaitas, chirimías y bombo. Los que visitan la *pagoda china*, se entretienen con una música enriquecida con *tams, tams*, y golpes de campana china. Allí enseñan los ingleses el *degollado que habla* y el hombre incombustible y los gigantes distraen en el cuarto francés.

Veán, pues, nuestros lectores como la expresion de feria, de que hemos usado no está tan mal aplicada. Mas adelante lo compendiarán mejor.

¿Cuál es el grande hombre que no haya tenido su parte de ridiculo? ¿Debe esto disminuir asaso el respeto, la admiracion que su genio inspira?

No, seguramente.

Pues bien, aquí sucede lo mismo: al lado de cosas maravillosas que asombran, las hay grotescas, que hacen reir. Podría muy bien ser que éstas últimas hayan sido un reclamo para cierto número de visitantes, y que las bagatelas de la puerta, hayan servido de pasaporte á las serias enseñanzas de las cosas grandes frecuentemente temidas y desdeñadas por el vulgo.

La esposicion universal, colocada en el Campo de Marte, ocupa en su conjunto una superficie de cuatrocientos cuarenta y seis mil metros cuadrados.

Se divide en tres partes:

1.ª *El Parque*: trescientos mil metros divididos en cuatro partes llamadas cuartos, con los nombres de *cuarto francés, cuarto belga, cuarto alemán, cuarto inglés*.

2.ª *El Palacio*: ciento cuarenta y seis mil metros.

3.ª *El Recinto*: anexo de la isla de Brillacourtes.

Alrededor y en la primera galería exterior del Palacio, se hallan las fondas y restaurantes de todas las naciones.

Allí vimos el restaurant español, bien servido y bien confortable, y una horchatería en donde dos jóvenes valencianas con el traje nacional y ademan muy decente, aguardaban con la servilleta al brazo los parroquianos.

Sentados delante del mostrador había tres músicos ves-

tidos de majos y aragoneses con guitarras, cantando aires aragoneses y andaluces.

Estaba poco concurrido, así como su salón en el Palacio. ¿Será que la España está fatalmente destinada á vivir lejos del resto de Europa aun en industria?

Como contraste y á algunos veinte y cinco metros de allí, se eleva ruidoso, repleto de bebedores y elegante y lleno de coquetería en sus formas el Chalet-cervecería de Mr. Dreher de Schwechat, fabricante de Viena.

Francamente aquí, la boga y el éxito no son usurpados. La cerveza que sirven es de una frescura deliciosa; no contiene ni exceso de lúpulo, ni exceso de alcohol, y no deja ni aspereza en la boca, ni calor en la garganta. Es maravilloso el ver como los barriles llegan, se vacían y desaparecen por sí solos.

En medio del salón se levanta un mostrador circular que sirve de etapa á los vasos en su continuo viaje de ida y vuelta.

Allí hay cuatro barriles abiertos de un modo permanente; en cuanto el uno se vacía, un mozo le empuja ligeramente al centro del círculo de donde desaparece. Inmediatamente se ve, como por encanto, reemplazado por otro que por sí mismo se destapa y hace salir un grifo de plata. Este trueque es bastante curioso. Yo me aproximé al mozo y le pregunté la explicación, y me respondió que la famosa trampa ó escotillon cerradiza al nivel del suelo, tenía una especie de viga que se hundía dirigida por medio de unos bastidores y que unos hombres maniobraban á brazo por medio de unas cábricas establecidas en lo interior de una bodega que había debajo de la sala.

El cervecero Dreher, que murió en 1863, ha dejado un establecimiento en Austria, uno en Hungría, otro en Bohemia. Se fabrican allí al año trescientos ochenta y cinco mil hectólitros, pagando tres millones de contribución al tesoro. Los herederos de este inteligente industrial, de seguro no dejarán perder su industria, como lo prueba el éxito de su empresa en la exposición. Allí se reparte profusamente á todo el que llega la biografía de Mr. Dreher, que seguramente bien vale la pena de ser leída.

La fonda inglesa también goza de gran prosperidad; los mozos y las mujeres del mostrador no saben á quien atender. Me dijeron que estas últimas, así como las de Suecia y otras naciones, habían sido renovadas ya muchas veces, porque habían encontrado mas alta y grata colocación.

Ahora que ya hemos establecido que los que visitan la exposición pueden beber, comer, descansar y recrearse á su sabor, eligiendo los alimentos que mas les plazcan de cuantos contiene el globo, será bueno decir, cómo y por dónde se llega á este sitio encantado de delicias.

Se puede ir al Palacio de la Exposición de cuatro diferentes modos.

En omnibus, por camino de hierro, en carruaje ó en buque de vapor, y los precios de transporte por cualquiera de los cuatro medios, son fabulosamente baratos.

La exposición del Campo de Marte hemos dicho que comprende dos partes distintas: *El Palacio y El Parque*.

El Palacio está construido de hierro y palastro, y forma una elipse compuesta de siete galerías circulares y concéntricas, cuyo centro está ocupado por un jardín de la misma forma, mas largo que ancho, y alrededor del cual irradiaba una pequeña galería, fuera de línea, conteniendo un museo de la *Historia del trabajo*.

La entrada principal del Palacio de la Exposición se encuentra en el muelle de Orsay, enfrente del Puente de Je-

na y forma una puerta monumental que se abre sobre una galería de veinte y cinco metros de altura y de igual longitud.

Damos á nuestros lectores la vista de esta magnífica entrada.

Al jardín central, que constituye el punto de la elipse, se llega por diez y seis vías que marchan de la circunferencia al centro, en las que figuran una exposición curiosa de los instrumentos y productos del trabajo de todos los tiempos.

Todo en aquel jardín se halla dispuesto para el descanso y el recreo, frescas calles de árboles con preciosas estatuas, bosques encantadores, estanques, surtidores de agua, etc., etc. y en el centro un magnífico kiosco, donde se hallan todas las monedas, pesos y medidas del mundo. Alrededor del jardín central están las ocho zonas ó galerías circulares que forman el Palacio de la Exposición.

Allí los objetos están colocados por clases. Cada galería contiene los objetos ó mercancías de igual naturaleza, producidas por las diferentes naciones. Esta disposición ingeniosa, dividiendo al mismo tiempo en galerías circulares y por ángulos, ensanchándose el monumento á medida que parten del centro por sectores, que es como se le llama, permite, visitando galerías por galerías, ver todo lo que se refiere á un mismo objeto en los diferentes países del globo y visitando por sectores, examinar todo lo que concierne á una misma nación.

Los productos espuestos están divididos en diez grupos, subdivididos los mismos en clases de un número variable.

- Grupo 1.º Obras de arte.
- 2.º Material de aplicación de las artes liberales. Historia del trabajo.
- 3.º Muebles y objetos destinados á la habitación.
- 4.º Vestidos y tejidos.
- 5.º Producto de las industrias.
- 6.º Instrumentos y procedimientos de las artes usuales.
- 7.º Alimentos frescos y en conserva.

Estos siete primeros grupos están dentro del Palacio, y fuera los tres restantes.

8.º Productos vivos y muestras de establecimientos de agricultura.

9.º Productos vivos y establecimientos de horticultura.

10.º Objetos especialmente espuestos con la mira de mejorar la condición física y moral en la población.

Para tener una idea precisa y definida del conjunto de la exposición, no hay mas que trazar un inmenso paralelogramo, y en el centro de este paralelogramo figurarse un grandioso óvalo, dividiendo la parte restante en cuatro partes, formando así cinco grandes divisiones, á saber: en el centro el óvalo trazado que representa el Palacio de la Exposición en su forma exterior de un circo monumental y grandioso.

Las otras cuatro pequeñas partes cuadradas, rodean el palacio y forman el parque.

El Palacio de la Exposición con su parque y sus jardines, es un mundo en el que se penetra por cuatro grandes puertas. En el interior del parque hay una administración de correos, en donde se encuentran todos los recursos que en la administración general; se pueden echar las cartas, se reciben allí, se pueden hacer giros de cantidades á todos los puntos de Francia, y hay además dos telégrafos al servicio del público, para comunicarse desde allí con todos los puntos del mundo.

La exposición se abre todos los días á las diez de la